

Ali Smith

**BIBLIOTECA
PÚBLICA**

Ali Smith

**BIBLIOTECA
PÚBLICA**
y otros cuentos

Traducción de **Magdalena Palmer**

Nórdicalibros

Título original:
Public Library and Other Stories

© 2015, **Ali Smith**. All rights reserved
© De la traducción: **Magdalena Palmer**
© De esta edición: **Nórdica Libros, S.L.**
C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid
Tlf: (+34) 91 705 50 57 · info@nordicalibros.com
Primera edición: septiembre de 2024
ISBN: 978-84-10200-60-9
Depósito Legal: M-16949-2024
IBIC: FA
Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos
(Salamanca)



Diseño: **Filo estudio** y **Nacho Caballero**
Maquetación: **Diego Moreno**
Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra** y **Ana Patrón**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Hazel Beamish
y para Sarah Wood*

Este mismo libro en manos desconocidas, casi desconocidas.
Esos lectores, almas gemelas, casi amigos.
Estás en transición; estás en el umbral.
La biblioteca es el lugar que te conmueve. Oro puro.
JACKIE KAY

Ah, era un lugar mágico... y seguía abierto, gracias a Dios.
ALEXANDRA HARRIS

He aquí una historia real. Había quedado con Simon, mi editor, para hablar de la organización de este libro que estáis leyendo. Dimos un breve paseo por el centro de Londres hasta su despacho para fotocopiar algunos cuentos que le había traído.

Al lado de Covent Garden vimos un edificio con la palabra BIBLIOTECA escrita sobre sus puertas.

No parecía una biblioteca. Parecía una tienda de lujo.

¿Qué crees que es?, dijo Simon.

Veamos, dije yo.

Cruzamos la calle y entramos.

El interior estaba todo pintado de negro. Había un pequeño vestíbulo y una mujer detrás del alto mostrador de recepción. Nos saludó con una sonrisa.

Más adentro, justo delante de nosotros, vislumbré a algunas personas sentadas a una mesa y oímos, al otro lado de un fino tabique, el ruido de gente bebiendo y hablando.

Hola, dijimos. ¿Es esto una biblioteca?

La mujer perdió su sonrisa.

No, dijo.

Un hombre apareció por detrás del tabique. Hola, dijo. ¿Puedo ayudarles?

Hemos visto la palabra biblioteca, dijo Simon. ¿Aquí había antes una biblioteca?, dije yo. Ella es escritora, dijo Simon a modo de explicación. Él es editor, dije yo.

Somos un club privado, dijo el hombre. También tenemos un número selecto de habitaciones de hotel.

Cogí un folleto satinado del montón que había en el mostrador sobre una promoción de comida o algún tipo de degustación. Simon cogió una tarjeta.

¿Y tienen ustedes libros?, dije.

Tenemos algunos libros para los miembros. Por favor, tomen una tarjeta, dijo el hombre algo intencionadamente, porque ya la teníamos.

(Después, cuando volví a casa, desdoblé el folleto que me había llevado. Era de una empresa colaboradora de Biblioteca que hacía comidas de tres platos para que los comensales revivan sus musicales favoritos (Charlie y la fábrica de chocolate | El fantasma de la ópera | Los miserables | Matilda). Escribí la dirección del sitio web de Biblioteca que figuraba en el anuncio. Cuando apareció, me di cuenta de que una parte esencial del diseño gráfico era una fina línea que cruzaba la palabra Biblioteca por el centro: ~~Biblioteca~~.

Esto es lo que ~~Biblioteca~~ enumeraba junto a las fotografías de sus 5 lujosas habitaciones con aire acondicionado y diseño individual con numerosos servicios modernos y camas confortables: Bar en la azotea • Conserje 24 h • Salón en la planta baja con escenario y bar • Sala de masajes y tratamientos de belleza • Cocina con mesa del Chef (abril de 2015) • Comedor y sala de conferencias y convenciones privados • Doble entreplanta con puente • Terraza para fumadores • Acceso a libros singulares de Biblioteca.

Simon se guardó la tarjeta en el bolsillo. Yo doblé el folleto de la empresa de comida en un bolsillo interior.

Muchas gracias, dijimos.

Y nos marchamos.

Cruzamos la calle y nos detuvimos en la acera de enfrente, donde habíamos visto por primera vez la palabra sobre la puerta. Volvimos a mirarla. Simon se encogió de hombros.

Biblioteca, dijo.
Ahora lo sabemos, dije yo.

FIN

Había llegado a la conclusión. No tenía nada más que decir. Todo había terminado. Había tocado fondo. Había llegado al límite. Ya no había vuelta de hoja. Ni vuelta atrás. Punto y final. Fin del trayecto.

Pero en el fin del trayecto, cuando el tren se detuvo, me apeé como todo el mundo y retrocedí por el andén hacia la salida. Rebusqué el billete en mi bolsillo y lo introduje en la ranura de la máquina. La máquina lo atrapó con lo que pareció voluntad propia pero que era solo un automatismo, luego abrió sus puertas para dejarme pasar y las cerró detrás de mí. Salí, pasé la parada de taxis, crucé el deprimente aparcamiento y subí al puente peatonal.

Desde aquí podía ver el tren vacío, el mismo tren en el que todos habíamos viajado, como si lo hubiesen apartado del andén para mandarlo a dondequiera que fuesen los trenes vacíos. Desde este ángulo veía el interior de los coches, hasta podía ver el interior del vagón donde yo había viajado hasta el final de la línea.

El vagón había ido repleto, todos los asientos ya estaban ocupados diez minutos antes de que saliera el tren y había seguido llenándose hasta que cerraron puertas. El trayecto había sido un ejercicio de distanciamiento de gente desconocida que se acercaba y luego se alejaba cuidadosamente de los otros pasajeros en los pasillos, de gente que intentaba no rozarse con los demás en las puertas, de gente

que se apretujaba sobre la mujer de pecho voluptuoso en silla de ruedas que leía una revista. Esa mujer ya estaba en el lugar reservado para sillas de ruedas cuando he subido. A saber por qué, la gente que se bamboleaba a su lado se acercaba más a su cabeza que a la de los pasajeros sentados en las sillas normales; me ha parecido el colmo de la grosería que el borde de la americana abierta de un hombre estuviera rozándole constantemente la nuca.

Y esa era la razón de que desde aquí, en lo alto del puente, supiera que el tren de abajo era el mismo del que acababa de apearme, y también de que pudiese identificar el vagón exacto donde había viajado: porque la mujer en silla de ruedas que iba en mi vagón seguía en el tren vacío, veía desde aquí que estaba inclinada hacia delante en su silla y golpeaba la puerta del vagón con el puño. Vi que gritaba. Supe que estaba haciendo un montón de ruido y supe que yo no podía oírlo.

Observé sus golpes silenciosos. Luego el tren se deslizó fuera de vista.

El conductor la encontrará, pensé. Seguro que comprueban que sus trenes estén vacíos. Seguro que mucha gente se queda dormida o atrapada en trenes así, continuamente. Supongo que esa mujer tendrá móvil y habrá llamado a alguien para que dé aviso. E incluso es posible que quisiera estar en ese tren, que su intención fuese quedarse allí dentro, sola.

Pero a través del plexiglás arañado del otro lado del puente peatonal vi que el paso repetido de diferentes pies había marcado un sendero que bajaba a las vías, del tipo que solíamos hacer en las laderas y las pendientes de los campos cuando era pequeña, del tipo que la gente hace en sitios donde no se supone que tiene que haber un sendero.

Al pie del sendero, la alambrada que cerraba la estación al público estaba abierta para que pasara algo del tamaño de un perro grande o un adulto agachado. Junto al boquete, un cartel advertía, con letras lo bastante grandes para que yo pudiera leerlas desde aquí, que estaba prohibido entrar y que a partir de aquí solo está permitido el paso del personal ferroviario. Todo el que cruce al otro lado será multado.

Me descubrí pensando en la persona o personas que habían redactado la advertencia. ¿Se habían celebrado reuniones especiales para decidirlo? ¿Ellos, o él, o ella, se habían parado un momento a pensar en la rima de lado y multado? ¿O de prohibido y permitido, que además eran antónimos? La palabra multa viene del latín *multa* y significa pena, castigo, aunque hay quien dice que viene de *multus*, mucho. ¿Abundancia y castigo en una encrucijada de etimologías errantes? No tenía ni idea. Pero sí la necesidad de consultarlo en un diccionario. Era la primera vez en mucho tiempo que sentía la necesidad de hacer algo así.

Di media vuelta. Retrocedí por el puente y pasé por debajo de la barrerita que lo separaba de la ladera cubierta de hojas y hierba. Bajé por el sendero hacia el boquete en la alambrada doblada. Me deslicé por el espacio sin engancharme la ropa en ninguno de los alambres sueltos y volví a incorporarme entre la basura que había junto a las zarzas. Miré a un lado y luego al otro a lo largo de los raíles. Había un tren algo más adelante. Me pregunté si sería el tren correcto. Había algo agradable en eso de andar por un camino prohibido, pensando tontamente en palabras. Etimologías errantes era una buena frase. Sería un buen nombre para un grupo de *rock*. Sería un buen nombre socioantropológico para una tribu de personas que viviese saltando de tren en tren, guareciéndose bajo lonas impermeables cuando

llovía, sentándose en las plataformas, si es que esos espacios entre los vagones se llaman así, o tumbándose en lo alto de la carga; réprobos, elocuentes desertores que vivían una vida más libre y con más sentido que la que ninguno de nosotros era capaz de elegir. Etimologías errantes. Era una buena idea, y ahora, resonando en mi cabeza como un murmullo de fondo que no oía desde hacía siglos, percibí un sonido muy querido, el sonido del largo y fino y en apariencia interminable tren de las palabras, el sonido de la vida y de la industria, palabra tras palabra tras palabra enganchadas por resistentes acoples de hierro, que viajaban del pasado al presente y hacia el futuro como jinetes bajo cuyos caballos sí que crecía la hierba.

Tomemos por ejemplo la palabra voluptuoso, que es una palabra cuya historia conozco porque en otro momento de mi vida, que ahora me parece una vida que transcurrió siglos atrás respecto a esta, me habían gustado muchísimo las palabras y pensaba continuamente en usarlas y en cómo se usaban. Voluptuoso procede del latín *voluptuosus*, derivado de *voluptas*, *voluptatis* (placer) y el sufijo -oso, que indica abundancia. No solo eso: además, la palabra *voluptas* tiene la misma raíz que el verbo *volo* / *velle* (querer, desear), que nos dio las palabras voluntad, malévolos y veleidades... En una reveladora fusión de curvas, malevolencia, placer y vanidad.

La palabra hoja procede del latín *folia*, y a su vez *phyllo-*, hoja en griego, nos ha dado el prefijo filo-. Pero curiosamente de ellos no deriva el filo de la hoja, que viene del latín *filum* y que también nos ha dado filamento, perfil y desfile, hilandera e hilo. Y para no perder el hilo sigamos el que Teseo se llevó al laberinto para encontrar después el camino de salida y derrotar al Minotauro. A Ariadna se lo había

dado Dédalo, el inventor, y ella se lo dio a Teseo, de quien estaba enamorada, y ese hilo le salvó la vida y lo convirtió en un héroe. Luego él la abandonó en la isla de Naxos. Ariadna despertó en la playa sin saber donde estaba hasta que vio las velas del barco de Teseo desapareciendo en el horizonte. Como hojas al viento. Yo estaba recorriendo sin aliento toda la longitud de un tren oscuro, muerto, desenganchado. Las palabras se volvían historias en sí mismas. Aliento era otra buena, cuyas raíces y trayectoria no podía recordar muy bien pero sabía que tenía algo que ver con el inicio y el final de la vida de una persona, la longitud de la fuerza vital que se nos adjudica a cada uno de nosotros al nacer. Tanto fuerza como fragilidad, algo duradero y a la vez espantosamente delicado, contenidas en una palabra, y aquí ante mí estaba la puerta y detrás la mujer en silla de ruedas, que al ver movimiento por debajo —digo por debajo porque yo estaba a nivel del suelo, un nivel y una perspectiva muy diferentes que los del vagón, que me permitía mirar el interior por el cristal oscuro de la puerta y distinguir sus tobillos en los reposapiés de la silla de ruedas— golpeó el cristal con el puño y la silla con tal intensidad, fuerza y determinación que supe a ciencia cierta que esa mujer era inmune al desaliento.

¡Hola!, grité.

Vi que ella abría y cerraba la boca. Levanté la cabeza y observé los botones que suelen abrir las puertas de los trenes. No estaban iluminados, como era de esperar.

Retrocedí en la hierba para que la mujer pudiera verme más claramente y moví los brazos. Comprendí que, dijera lo que le dijera, no podría oírme; comprendí que a menos que supiera leer los labios, no me entendería. Podía preguntarle qué le había pasado, por qué y cómo iba en silla de ruedas. Podía recitarle el poema *Kubla Khan* de

Coleridge enterito o contarle toda la historia de Teseo y Ariadna y ella me escucharía sin oír nada de nada. Aquello tenía visos de ser la relación perfecta. Podía soltarle un tos-tón interminable sobre las palabras, su significado, su importancia y lo que me había pasado en la vida para que dejaran de importarme.

Sin embargo, me descubrí hablándole del sitio donde mi padre tenía su taller cuando yo era niña, que resulta que estaba detrás de la vía del tren. Por lo que había pasado gran parte de mis vacaciones en la verde ladera que bordeaba las vías, una ladera muy parecida a esta.

Lo demolieron todo hace años, le dije a la mujer a través de las puertas de cristal. Ahora hay un almacén de muebles, hay un centro comercial y un aparcamiento donde antes estaban los viejos talleres. Era una especie de tierra de nadie, una tierra de nadie antes de las nuevas tierras de nadie que son los centros comerciales. Era un sitio muy especial. Había muchos tréboles entre la hierba, posiblemente aún haya si queda algún trecho verde que baje directamente a terreno fértil. Encontrar tréboles de cuatro hojas era algo normal y corriente. También encontrábamos tréboles de seis y siete hojas y una vez uno de ocho. Yo los guardaba en un libro. Ni idea de cuál. Aún seguirán en algún estante de casa, aplastados, con sus hojas verdes colocadas de manera que se vea cuántas hay. Me pregunto si encontraría alguno si esta noche los buscara al llegar a casa. Aguja en un pajar. Trébol en un libro.

Cuando terminé de hablar, la mujer empezó a decir algo con cara de impaciencia a través de las puertas. Pero escuchar lo que no podía oír me había cambiado los oídos. Ahora oía los pájaros, el aire, el tráfico distante. Y lo que oía con más claridad era una música inesperada.

Tres chicos se acercaban por el sendero que bordeaba el tren y que yo ahora consideraba mío. Uno llevaba un enorme reproductor de música. Un perro negro que arrastraba su correa iba delante; se detenía para olfatear la hierba y las piedras y luego volvía a avanzar cuando los chicos lo adelantaban. El perro me vio y se detuvo. Los chicos también se detuvieron. Todos llevaban ropa que les venía grande. En comparación, el perro era mucho más aerodinámico, contenido en una pulcra pieza de piel. Retrocedieron un par de pasos como si todos formaran parte del mismo cuerpo. Luego se apartaron y volvieron a avanzar, porque yo no suponía una amenaza para nadie.

Es ilegal estar aquí, me dijo uno de los chicos cuando ya estaban más cerca.

No dije nada. Señalé a la mujer que estaba dentro del tren.

Va en silla de ruedas, tío, dijo el más pequeño a los otros.

Los tres saludaron a la mujer. Ella les devolvió el saludo. Uno de los chicos levantó un paquete de tabaco. La mujer asintió y gritó en silencio la palabra sí. El chico que llevaba el aparato de música bajó el volumen.

No se te oye, gritó.

La mujer volvió a pronunciar la palabra sí delicadamente, con mucha calma. El chico del paquete de tabaco lo abrió, sacó dos cigarrillos y los lanzó a la puerta cerrada. Era curioso porque tiró dos cigarrillos, no uno. La mujer levantó la mano como para decir espera un momento. Metió la otra mano en una bolsa del costado de la silla y sacó un paraguas con el mango curvo. Luego apartó la silla de la puerta y maniobró por el vagón hasta alinear la silla de ruedas con los asientos del tren y, usando toda la fuerza de sus brazos,

se levantó y pasó de la silla al asiento. Recobró el aliento. Inclino la cabeza sobre el paraguas, lo alargó a saber cómo y luego levantó el brazo con el paraguas extendido para abrir con el mango curvo la ventanilla superior del tren.

Los chicos vitorearon. Yo también. Ahora podíamos oír la voz de la mujer por la ventana abierta. Dijo en una voz muy formal, como de clase alta, que ojalá se le hubiese ocurrido antes lo de abrir la ventana y que le encantaría fumarse un cigarrillo porque llevaba cinco años sin fumar y se merecía uno después de lo de hoy. Les dio las gracias a los chicos. Luego se volvió y me saludó a mí en particular, como si hubiésemos llegado a su fiesta y quisiera dejar constancia de lo contenta que estaba de vernos a todos y cada uno de nosotros.

Te he visto en el tren de lo más pensativa, me dijo. Gracias por haberme encontrado.

La noción de que me hubieran visto y que desde fuera, sin yo darme cuenta, tuviese un aspecto pensativo hizo que me sintiera diferente, mejor. La idea de haber encontrado algo me maravilló. Mientras los chicos se turnaban para lanzar cigarrillos por la ventana abierta, sentí que me volvía sustancial. Luego se pusieron a escarbar en busca de los cigarrillos caídos, discutiendo sobre cómo sacarlos del suelo sin aplastarlos. Gritaron de felicidad cuando uno pasó por fin la alta ventanilla y aterrizó en el regazo de la mujer. Discutieron sobre quién tenía mejor puntería y no erraría al lanzar el pequeño encendedor de plástico rojo.

Dentro del tren, la mujer movió las manos para llamar su atención.

Lanzó el cigarrillo al aire para atraparlo con la boca y eso hizo, por el lado equivocado, como si fuera un truquito

circense. Los tres chicos gritaron de admiración. La mujer se sacó el cigarrillo de la boca, se lo puso como tocaba y luego se preparó para atrapar el mechero, lo que hizo con una sola mano. Se encendió el pitillo. El chico más alto y tímido de los tres dio unos golpecitos con el palo en la ventana sellada y señaló el cartel de No Fumar. Se sonrojó de placer al ver que sus amigos se reían, que la mujer se reía detrás del cristal, que yo también me reía.

Me planté justo debajo de la ventana abierta y grité que iba a buscar a alguien para que abriera el tren y ella pudiese salir.

El chico más pequeño rio con sorna.

No hace falta que vayas a buscar a nadie, dijo. Nosotros sacaremos a tu amiga.

Los tres chicos se apartaron del vagón. El más pequeño buscó una piedra pequeña. Los otros dos se agacharon y cogieron piedras más grandes. El perro empezó a ladrar. Casi en cuanto empezaron a tirar piedras al lateral del tren, los hombres con chalecos luminosos vinieron corriendo hacia nosotros.

Poco después la tarde llegó a su fin. Nos despedimos. Cada uno siguió su camino. Yo volví a la estación y me compré un billete para volver a casa. ¿Qué me estabas contando antes?, me preguntó la mujer cuando por fin salió del tren después de que lo llevaran de vuelta al andén, abriesen las puertas, trajeran la rampa que usan para ayudar a entrar y salir a las personas que van en silla de ruedas y le permitieran apearse. Hubo muchas disculpas del personal vestido con trajes y uniformes. ¡Es la última vez que cojo el tren! ¡Fin de trayecto!, es lo que ella dijo, con algo de afectación y mucho garbo, cuando por fin las puertas se abrieron automáticamente como las cortinas de un extraño

teatrillo. Las personas del andén rieron educadamente. Ella no lo decía en serio. No, claro que no.

En Shakespeare, la palabra piedra también puede significar espejo.

Ver crecer la hierba quiere decir tener gran perspicacia.

Encrucijada es cruce o intersección, también emboscada y también brete, apuro, dilema, disyuntiva, papeleta.

Vitorear viene del latín *victor*, vencedor.

La palabra fin, pese a su aspecto categórico, es muy versátil. Puede significar término o consumación, también límite, y asimismo el objeto o motivo con el que se ejecuta algo. De ella se componen confín o sinfín; final, que termina o cierra cosas tan diversas como un torneo o una novela, y finar, con lo que se termina solo una cosa muy concreta: la vida.

Perro, una palabra en apariencia tan vulgar, tiene un origen misterioso. Se ha propuesto que es la onomatopeya del sonido que hace el animal al gruñir.

Contar significa todo lo siguiente: numerar o computar, referir un suceso verdadero o fabuloso, tener en cuenta, poner a alguien en el lugar que le corresponde, tener un número de años, formar cuentas según reglas de aritmética, valer o equivaler, importar o ser de consideración, revelar secretos, confiar.

A todo tren significa vivir con ostentación, pompa o lujo.

Este último mes, durante la revisión y preparación de este libro, he estado preguntando a mis amistades y a las personas desconocidas que he visto o me he encontrado qué opinan de las bibliotecas públicas: de su historia, de su importancia y del reciente aluvión de cierres. Transcribo a continuación una de las primeras respuestas que obtuve, de Sarah Wood:

Esto es lo que pienso cuando pienso en las vacaciones escolares: mi amiga Lisa y yo pedaleando a toda velocidad en nuestras bicis, siempre de camino a la biblioteca.

Empezó antes de que nos dejaran ir solas al colegio. A saber por qué, si nos permitían ir a la biblioteca. Primero fue la biblioteca del barrio. Teníamos ocho o nueve años e íbamos casi todos los días. Sacábamos nuestros libros, volvíamos en bici a casa y los leíamos en el jardín de una sentada. Aquello nos daba una sensación de independencia, claro: íbamos, escogíamos, sacábamos en préstamo, volvíamos a casa, leíamos lo que teníamos y luego regresábamos para elegir de nuevo y de vuelta a casa a leer. Dejábamos las bicis tiradas en la puerta de la biblioteca: lo recuerdo como una parte de aquello, y también que no teníamos dinero, pero tampoco nos hacía falta: aquí la transacción era algo muy distinto. Había un programa que consistía en que te daban puntos por sacar libros, y cuando alcanzabas cierto número de puntos el premio era ayudar a la bibliotecaria a ordenar los estantes. Todos

queríamos ayudarla. Leíamos tanto como podíamos para ganar ese premio. La bibliotecaria se las sabía todas.

Luego construyeron la nueva biblioteca, un edificio de cinco plantas de lo más elegante, una adición gigantesca al barrio donde vivíamos. Aquello causó sensación, todavía me emociono cuando recuerdo el día que la inauguraron. Estaba concebida de una forma inteligente, el diseño era precioso. La sección infantil consistía en un espacio de lectura que se hundía en el suelo, un anfiteatro a pequeña escala donde nos sentábamos, ciudadanos del pensamiento, con los libros abiertos en las rodillas. Enfrente teníamos una ventana que daba a otro espacio donde los lectores adultos iban a escuchar discos en un gran sofá semicircular: la bibliotecaria, momentáneamente transformada en pinchadiscos, los colocaba en el plato que había en su mesa y quien quería conectaba unos auriculares situados detrás del sofá y escuchaban música gratis.

También arte: en esta planta se podían sacar en préstamo pinturas y grabados; te llevabas a casa una obra de arte para que fuese tan moderna y estilosa como la biblioteca. En la planta baja estaba la ficción. Arriba, las mesas individuales de estudio donde los chicos mayores hacían los deberes y los alumnos de diferentes colegios se reunían y pasaban el rato. Era emocionante. Era como sería el futuro. Y, de hecho, fue allí donde conseguí mi primer trabajo los sábados, y también entonces vi por primera vez las increíbles instalaciones no abiertas al público y los estantes modernos llenos de... bueno, de todo.

No puedo expresar lo que la inauguración de aquella biblioteca supuso allí donde vivíamos: fue todo un acontecimiento. Fue un momento de mi vida, de nuestras vidas, verdaderamente fantástico, un momento de auténtico

cambio. Aquel edificio nuevísimo nos hizo ver que nuestra historia local era importante; que los libros eran importantes pero también nosotros y el lugar donde vivíamos, que tenía un patrimonio y un futuro que importaban. Aquel hermoso edificio nuevo emanaba solidez y seguridad. Me parece que por eso nos dejaban ir allí solas en bici, siempre que no bajásemos de la acera ni a la ida ni a la vuelta y tuviéramos cuidado con el tráfico.